

300 palabras

Juan José Lahuerta

Este folio que los amigos de *Palimpsesto* me piden amablemente que comente se corresponde perfectamente con un tipo de inscripción bien catalogada sea en los registros del psicoanálisis, sea en los del surrealismo: es una de esas hojas de papel que aparecen en la mesa, frente a nosotros, justo en el momento en que nuestra mente está al mismo tiempo en aquello a lo que debe atender y en *babia*, o suspendida, como cuando hablamos sin mucha convicción por teléfono, o cuando asistimos a una reunión, o cuando –como parece el caso- formamos parte del jurado de algún tipo de tribunal académico. Ante esa hoja en blanco, sosteniendo una pluma, nuestras manos no pueden quedarse quietas y empiezan a garabatear. De estos ejemplos de “dibujo” –antes he dicho inscripción- automático, sería absurdo intentar algún tipo de juicio estético. El automatismo revela el subconsciente, es síntoma de otras cosas escondidas. Pero tampoco es este tipo de indagación –psicoanalítica o surrealista- lo que cabe intentar aquí. Ni juicio estético ni análisis psicoanalítico, pues, y no porque no hubiera caminos para hacerlo. Piensen en cuáles son los tres elementos que esencialmente se ensamblan en esta hoja: los esbozos de lo que parece ser alguna clase de objeto arquitectonizado, basado en el dolmen y el arco, la letra M y esa muchacha, o niña, en la llamativa postura que no describiré. Que las tres cosas se conectan inconscientemente está claro: las tres –objeto, letra y niña- se refieren al trilito o al medio punto, y cada una es metamorfosis de la otra. Podríamos decir, por ejemplo, que el objeto está directamente relacionado con aquellos diseños de Alessi de principios de los años 80, en los que algunos arquitectos famosos resumían también sus obsesiones, miniaturizando en forma de cafetera, o salero o juegos enteros de té, los edificios que nunca construirían; o que la M y la niña tienen su modelo en los cientos de abecedarios antropomorfos eróticos –tan caros también a los surrealistas- que, desde las miniaturas medievales, se basan en la anamorfosis o en las perspectivas depravadas, etc. etc., Pero nada sería más idiota que continuar por ahí: todo tiene la importancia que tiene. En cambio, me viene a las mientes una frase de uno de los *Diálogos* de Platón en la que leemos: “Y Sócrates se rascó la pierna”. Al gran hombre le pica la pierna, como a todo el mundo. Digamos, pues, que, también como todo el mundo, Oriol Bohigas se distrajo un momento.